

# ESPECTACULOS

MUSICA

Por Antonio IGLESIAS

## Rubinstein, Frühbeck y la Nacional

**PROGRAMA:** I.—«Sinfonía número 8, en si menor (Incompleta)», de Schubert, y «Concerto número 2, en fa menor, para piano y orquesta», de Chopin. II.—«Concerto número 5, en mi bemol mayor (Emperador), para piano y orquesta», de Beethoven (solista: Arthur Rubinstein). Orquesta Nacional de España (director: Fafael Frühbeck de Burgos). Teatro Real. Madrid, 2-V-1975.

Anunciarse una actuación de Rubinstein, agotarse las localidades inmediatamente —no importa el considerable aforo del teatro Real— y asistir a un nuevo éxito clamoroso del mundialmente famoso pianista, es todo un hecho que venimos registrando desde hace años. No se crea que a estos conciertos, con precios adecuados a su categoría, asisten solamente aquellos aficionados afincados en una tradición musical, en los que juega a partes iguales la añoranza y la admiración; lo que es significativo en alto modo, es la gran capacidad de atracción que Rubinstein ejerce en los jóvenes, que, bien haciendo un sacrificio económico, ya recurriendo a entradas bonificadas o arreglándoselas como mejor pueden, acuden año tras año con respeto, ilusión y mejor disposición, a crear un ambiente de entusiasmo que, sin ellos, no sería tan simpático.

Rubinstein tocó la parte solista del «Segundo Concerto», de Chopin, y la del «Emperador», de Beethoven. Huelga cualquier comentario de índole crítico, porque con Rubinstein, figura gloriosa, máximo exponente del artista y del mejor pianismo de todos los tiempos, con sus cercanos noventa años de infatigable caminar de músico, solamente cabe la admiración sentida y el pasmo de lo que, ahora, a su respetada edad, él hace... Tocó Rubinstein y basta. El «cantabile» del segundo tiempo chopiniano sería el recuerdo más cercano, más querido, del Rubinstein de siempre... Digamos que Frühbeck le brindó una colaboración, en las dos páginas, realmente magistral, porque no resulta-

ba fácil, ciertamente, ceñirse a las personales exigencias, en cuanto a velocidad rítmica se refiere, del gran pianista; una batuta menos diestra, menos segura, hubiera podido cometer cualquier desajuste. Hubo bastante desafinación en muchos momentos, en cuanto se refiere a nuestros admirados músicos de la Nacional, que, antes, como comienzo del programa, habían hecho una buena traducción de la «Incompleta», de Schu-

bert, bien pensada por la batuta titular, aunque, en general, dictada con cierta lentitud general en los dos «tempo».

La apoteosis final —como ya habríamos podido registrar al concluir la obra de Chopin— y el éxito grande en Schubert, serían las reacciones conducentes al triunfo de la jornada. Después de su actuación solista en las dos obras, todavía Rubinstein, tendría arrostos para corresponder con una rogadísima «propina», interpretando «La Polonesa», del mismo compositor polaco. Por encima del cómo, ¿no es lícito en esta nota aludir al «milagro Rubinstein» y aguardar su segura repetición?